

textos

libros

la brutalidad de la coherencia, (Miguel Ángel Barroso, *Pier Paolo Pasolini*, Ed. Jaguar), *Ubicarte*, enero 2004

Barroso nos presenta en este libro una guía muy completa de uno de esos raros personajes donde la vida y la obra no pueden entenderse separadas. Su libro se une a los más de diez publicados en España sobre Pasolini. Sin embargo, se trata de un texto nuevo y muy recomendable. Al inagotable magnetismo del personaje, uno de los más perturbadores de la segunda parte del pasado siglo, se suma al hecho de intentar el catálogo exhaustivo de un reguero de registros dispares. Barroso comienza con un precioso retrato de las manos y el rostro del poeta. Sigue con un recorrido amplio por su cine, de *Accattone a Saló*, con su rosario de escándalos (la belleza será *estercolaria* o no será, había apuntado Lacan). Tras una crónica de su muerte anunciada, y un repaso de su filmografía y su obra escrita, el texto termina con una amplia bibliografía sobre Pasolini.

Se ha dicho que Pasolini es el primer poeta después de una época desastrosa de la historia de Italia. Tras un periodo de catástrofes sin igual, una derrota militar y dos ejércitos luchando sobre su suelo, él vuelve a encontrar en la escritura y el cine la estructura mítica de lo real. Con un estilo rudo y monumental incrusta en nuestro siglo, como en los grandes frescos italianos del siglo XIII, unas renovadas preguntas sobre el amor, el poder, la muerte, la revolución, el milagro. Al menos desde los tiempos de *Passione e ideologia*, muchos de los motivos del cristianismo convergen en esa indagación, aunque teñidos por una intensa búsqueda que oscila entre la dulzura y la violencia. Si a esto añadimos un cierto misticismo de la naturaleza, que reconoce profundidad allí donde otros ven sólo la apariencia mecánica de las cosas (en el Friuli pasa horas ante una hoja para intentar *comprenderla*), compondremos el retablo que enmarca incluso al más "apocalíptico" Pasolini.

El hombre que nunca se avergonzó de una contemplación que impide el juicio moral definitivo, incluso sobre los enemigos, por respeto a cierto misterio de la existencia, mantiene a la vez una aspiración de retorno a una justicia "comunista" anterior a la división del mundo por el diluvio de la usura. Hasta su homosexualidad, confesada sin alardes, podría vincularse a la imperiosa necesidad de proselitismo en un cripto-cristiano cercado por el desamor del orbe moderno. Como si él debiera derramar su semilla y renunciar a la descendencia, permaneciendo libre de cargas sociales para sostener una particular vigilia que nunca careció de tintes ascéticos.

El hábito de ser sí mismo, insólito en estos tiempos, explica que Pasolini haya de ser tan prolífico, inundando terrenos tan diversos como la poesía, el cine, la novela, el ensayo o el periodismo. A lo largo del texto, Barroso nos muestra que la preferencia de Pasolini por el cine es debida a la búsqueda de un didactismo que puede tocar las capas populares, fuera del aire

viciado de los intelectuales. Tocado por las suaves noches de la Italia más sencilla y más sucia, el autor de *Ragazzi di vita* se dedica a cantar la humanidad que queda en esos bordes de la escoria romana.

Las fotos reflejan sin embargo la mirada, la tristeza del idealista. También la energía de quien está exiliado de todas las causas, solo. Como Genet o Artaud, Pasolini parece obligado a abandonar todos los barcos una vez que la singladura está asegurada y se convierte en previsible. Poco a poco se convierte en el artífice de una provocación no pretendida y, por ello, absolutamente natural. Ásperamente extraño entre los intelectuales, posiblemente desarmado entre la fresca ralea que frecuentaba, es como si Pasolini se dedicase durante décadas a preparar el misterio de su final. Tendido una vez más sobre esa arena homosexual, su cuerpo quebrado, espantosamente deformado, nos remite al enigma total de su devoción. Otra vez, de Pasolini a Pier Paolo, volvemos el hombre tímido que nunca dejó de adorar a su madre.